



Comentario de Libros

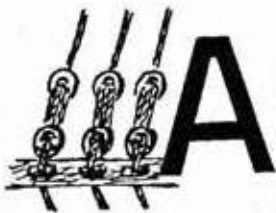
EN TORNO A

"HISPANOAMERICA DEL DOLOR"

de Jaime Eyzaguirre

Por

Rodrigo SERRANO Bombal
del Instituto Histórico José Miguel Carrera



ABORDO de viejos veleros de leyenda, sometidos a lo desconocido, hombres de España surcaron los mares llevando consigo un particular bagaje de ilusiones y nostalgias, de estremecimientos y esperanzas.

Su generosa entrega navegó a la par de sus secretos deseos de aventura y un enternecimiento singular los fue invadiendo, en tanto sus naves rasgaban el viento y besaban reverentes la espuma, en rítmicas genuflexiones de madera y sal.

Quizás, en sus horas silenciosas de recogimiento y meditación, la añoranza dolorosa de la Península madre fue piado-

samente mitigada por la intuición de aquellas nuevas tierras que habrían de fecundar con sus lágrimas y sus sueños. Tal vez entonces —en la inmensidad de la noche— el espíritu encontró la paz en su tribulación, al pasear por cubierta sus íntimas aspiraciones de perpetuidad: bien valía un dolor la magna tarea de fundar una raza.

Y se soñaban artífices de una nueva vida. Se veían ya prolongados en su fe, acogidos en su ilusión, comprendidos en su inquietud.

No aguardaban retribución alguna en su jornada y alimentaban su corazón del gozo que proporciona el saberse parte de una misión hermosa y definitiva.

Y sin embargo esa añoranza no conoció la plenitud.

La palpitación original fue desdibujándose con los siglos, del mismo modo como se esfuma en el aire la palabra vana.

Una suerte de maléfico encantamiento invadió el alma de las gentes y agregando ignominia a la ingratitud, se avergonzaron de su pasado despreciándolo por "villano", para abrazar con calor curiosas costumbres de la América del Norte, en infamante parodia.

Así nació "Hispanoamérica del dolor".

Desde sus páginas llenas de poesía, inmersas en una mística que penetra y deja huellas, se eleva a nuestra conciencia el mensaje revelador de esa defección más que sesquicentaria.

¿Cómo ha podido el alma atesorar tan prolongada infidelidad?

Con firmeza en el acento, altivez en el lenguaje y avasalladora fuerza en la intención, este inspirado ensayo nos conduce al campo mismo de la afrenta, al sitio exacto del agravio, al instante preciso del mezquino e imperdonable olvido.

Y nos lo repite descarnadamente, sin figuras alambicadas, sin rehuir el impacto, aunque con infinita belleza, queriendo —aún en medio de la monstruosidad de nuestra culpa— decírnoslo con serenidad no exenta de desilusión. Con aquella me-

surra que pone aún más al descubierto un arrebató, un exabrupto o una traición; con aquella decepción que ensombrece el ceño y desata —súbitas— las tinieblas de la duda, la incertidumbre y la zozobra.

Insospechados senderos han conocido las pisadas del traidor, que —loco en su extravío— ha maldecido su origen, negado su estirpe, violentado su cuna.

En su cruel desvarío no ha trepidado en acoger lo peregrino, cuando temprano ya abrigó lo ajeno, dando cabida a un sentimiento de tan advenediza procedencia, como distante se halla la nobleza de la deserción.

El drama, sin embargo, no ha terminado. Ya llega el instante supremo de la reconquista o de la muerte.

Porque creemos en nuestro destino, firmemente atado al velamen de aquellas naves tantas veces centenarias, desplegamos al viento nuestras mejores esperanzas: anhelantes, ansiosos, expectantes.

De noche, hemos buscado la soledad de la playa para salir al encuentro de esos veleros que, enarbolando en el palo mayor la señal del Apóstol, nos ofrezcan la oportunidad de reivindicar nuestro nombre; allí donde los antiguos envejecieron para fecundar una raza joven, allá donde murieron para crear la vida, en fin, donde nos enseñaron a no doblar nuestra rodilla sino ante el Altísimo.

